



Un premio

Por Sergio Guilisosti

■ Ha hecho bien la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Chile al distinguir, con el Grado Académico de Doctor Honoris Causa, a tres relevantes personalidades intelectuales: el periodista René Silva Espejo, el crítico literario Hernán Díaz Arrieta (Alone), y el profesor Pedro León Loyola.

Esta columna subraya complacida el hecho porque, en el ámbito de nuestros quehaceres del espíritu, los reconocimientos públicos a nivel superior, para quienes se han hecho acreedores a ello, pecan de parquedad, suelen advenir tarde o —lo que es peor!— jamás llegan.

Ahora —por fortuna— no ha ocurrido así.

Junto con alegrarnos de ello, digamos —no sin desencanto— que no se ha observado igual proceder con figuras extranjeras, foráneas, transeúntes fugaces del suelo de Chile. En más de una oportunidad, a quien no lo merecía ni remotamente, le prendimos una medalla o le entregamos un diploma —enaltadores, honorosos, singulares— para satisfacer conveniencias fútiles pasaje.

ras, en tanto postergamos —a veces de manera indefinida— a valores nacionales que exhiben virtudes sobradas para lograr esas medallas, esos diplomas.

¿A qué empañar, deslucir, oscurecer estas líneas recordando algunos nombres, inenarrables en una jerarquía benemérita de valores espirituales?

El olvido —el piadoso olvido— ha caído sobre ellos y, en consecuencia, no aventemos el espeso polvo que los cubre.

De ahí que el doctorado recién concedido a estos tres chilenos eminentes me hace mirar con mayor confianza el futuro, en lo que concierne a discernir dignidades académicas por los centros más altos de la cultura nacional.

Y para quienes —mal o bien— ejercemos la noble, sacrificada e incomprendida profesión periodística, la distinción que ha recibido en René Silva Espejo nos alcanza a todos, no sólo por ser el primer diarista que la recibe, sino por que es —¡qué duda cabe!— el mejor de los nuestros.

Leí por ahí que tal galardón reconocía también —en René Silva— su calidad de educador. Estimo que esta precisión es redundante, superflua, inútil. Porque —piénselo usted— ¿cómo no convive en cada periodista un educador? ¿cómo no conlleva en su alma un guía, un apóstol, un pedagogo, que cotidiana-



namente dicta su clase, no ante un reducido número de personas, sino frente a multitudes ávidas, dispersas y dispersas, heterogéneas?

Yo lo creo así, siempre —claro está— que el diarista abra una cátedra digna, elevada, universal, y no una tribuna del odio, de la mentira, de la hajeza.

Por ello, pienso que René Silva obtuvo su doctorado en mérito a su ancha, fecunda y honorable tarea de periodista, emparentada con la de un Blanco Cuartín, un Carlos Silva Vildósola, un Rafael Maluenda.

Es decir, de diarista puro, innato, oportuno, sagaz, pronto al comentario serio y ponderado —sobre el acontecer político, social, económico— o a la glosa ágil, eléica, inclavada, tan diestro en uno como en la otra.

Para mí, René Silva no es nada más y nada menos que un periodista. ¡Y vaya que cuesta serio! No es un político que se entrometió al periodismo ni es un periodista que rodó a la política. Simplemente es un profesional de la prensa, un maestro de su arte que, día a día, desde el estrado de una columna de papel, entrega lecciones orientadoras de verdad y patriotismo.

Dijérase que René Silva Espejo ha seguido esa norma tan difícil de observar por algunos y que predicara y atendiera siempre un reputado diarista francés: al periodismo se entra como a la religión, para servirlo, y no para servirlo de él.

¿No le parece así a usted, también?

Un premio [artículo] Sergio Guilisasti.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guilisasti Tagle, Sergio, 1923-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un premio [artículo] Sergio Guilisasti. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile